

Alfredo López Austin

# Los brotes de la milpa

Mitología mesoamericana

Ediciones  Era

*Para Martha Rosario*

## Prólogo

*Cada uno conoce sus historias, que a veces se parecen, pero siempre tienen algo cambiado, según quien sea el contador. Yo, de mucho escucharlas, ya ni atino a saber quién las dijo de una manera y quién de otra. No le hace, porque como dicen ellos, basta con que nosotros, los que venimos detrás, guardemos de sus palabras la memoria.*

Perla Petrich, *País de agua*

Los mitos nacen para ir siendo oídos por quienes los reciben como verdades antiguas. Se forman de palabras, de silencios y de los ruidos de los entornos –tiempos, espacios, situaciones– que son los apropiados. Si contamos las miradas y los gestos de todos los presentes, podremos considerarlos diálogos.

Tal vez más de la mitad de quienes los escuchan los hayan oído varias veces. Han oído esos relatos o relatos casi iguales: ni sus títulos ni sus aventuras ni sus desenlaces necesitan ser ignorados para que atrapen la atención de los oyentes. Es que el diálogo empezó hace mucho tiempo, fluyendo, enraizando, saliendo de repente a respirar a la superficie en la voz del narrador y en los oídos de su entorno, y volviendo a penetrar para seguir su flujo en las venas comunales. ¿Fue necesario un Homero? ¿Fue necesario un Hesíodo? No. Es que los mitos son anteriores a los Homeros y a los Hesíodos; estos héroes fueron sólo sus aedos. Los creadores de los mitos fueron otros: los anteriores, los múltiples, los anónimos, los dialogantes.

Los mitos se formaron –se forman– en la brega con las rutinas, los ritmos, los susidios; se forman en los descansos con el sudor refrescante de la sombra; se forman en

los encuentros con el gesto, con la charla, con la lección, con el cruce indiferente; se forman con todos los enunciados del amor, y con los del dolor, la duda, el sueño y el ensueño; con saberes y misterios; con las pautas y con sus violaciones. Se forman, en suma, en las repeticiones y repeticiones de lo cotidiano; esas repeticiones que se integran con partículas novedosas, sorprendidas. Los verdaderos creadores de los mitos nunca saben que siempre están haciéndolos.

Por ello los mitos atrapan a quien los escucha. Por eso emocionan o confortan o perturban a quien ha de recibirlos. Sin saberlo, quien así los recibe los reconoce como suyos. Le pertenecen por lo que ha vivido: en su experiencia y en la experiencia heredada de las generaciones. Es que los mitos son rosarios de metáforas que cuentan cómo es ahora el mundo porque dicen cómo fue en un principio, y para ello deben remontarse mucho más allá de aquel principio, cuando el tiempo aún no era tiempo, cuando las cosas que existen hoy existían como otras cosas, pero ya se estaban haciendo. Y es que cada rosario de metáforas, espejo del rosario de las cosas que se hacían, enlazó sus cuentas como debió haberlas enlazado. Porque las cuentas repiten y repiten: “Así fue; así es; así debe ser. Ésta es tu justificación; es tu guía; es tu destino; es tu misión en el mundo”. Y como son metáforas, lo dicen metafóricamente, diciéndolo sin decirlo, pero confirmándolo al mismo tiempo con razones incontables, pues son espejos.

Así es el nacimiento, la existencia, el fugaz afloramiento y la función de los mitos.

Sin embargo, más allá de su gran función, de la función primera y primaria de los mitos, la que se cumple en la comunidad de sus autores, tienen otras funciones. Como obra humana, los mitos dejan huella y pueden ser recibidos.

dos, conservados y apreciados por el otro, por el ajeno, a la distancia de siglos y de geografías. Con sus huellas se pueden reconstruir muchos nuevos edificios. En las mentes quedan recuerdos; en las pautas quedan enseñanzas; en los registros magnéticos de las reproductoras quedan remedos de viejos sonidos y, en las letras de los libros –libros nuevos, libros viejos y libros ya venerables–, los esqueletos del relato. Son los vestigios, los materiales de construcción, materiales reusables. Cada quien puede levantar con ellos su obra de acuerdo con sus muy particulares intenciones. El material es noble y da para mucho.

Habrán amantes de la literatura que tendrán en los mitos (en sus vestigios) una fuente de placer estético. Aunque ajenos a aquellos nichos sociales en los que nació el mito, aunque alejados de las que se llaman culturas de los otros, aunque carentes de las precisas claves de intelección, podrán vibrar con notas artísticas de instrumentos remotos y, por poco que puedan recibir, lo recibido les será suficiente para alcanzar el gozo. Nadie entiende a otro plenamente; la intersubjetividad es como la vibración de la horquilla del diapasón, que es distante y propia; pero nadie deja de entender a otro lo necesario para percibir algo del sentido y sentimiento de su palabra o gesto. Entre ambos extremos hay muchos grados. Es ingenuo pensar en absolutos.

Habrán científicos que se enfoquen en los relatos míticos para adentrarse en los flujos de las tradiciones; que quieran entender en ellos los mecanismos de construcción de las culturas; que pretendan ubicar características para ordenar jerárquicamente sus taxonomías; que busquen sensores para percibir las claves adecuadas para la interpretación, o nudos en las enormes redes que forman las cosmovisiones, o causas y efectos de los actos cotidianos y de los no cotidianos.

Habrán filósofos que vean en los mitos los engranes de las estructuras lógicas, respuestas necesarias a la contradicción, el juego de las oposiciones, las bases para operar fórmulas matemáticas reductoras del pensamiento, recursos del ser humano para ordenar la inmensa variedad de sí mismo y de su circunstancia.

Habrán estudiosos de la literatura que encuentren en los relatos míticos modelos, géneros, comparaciones útiles, bases para clasificación y análisis. Y lingüistas que analicen los pormenores de las formas con las lupas de sus propias categorías y desmenuzamientos. Y psicólogos que propongan arquetipos o que hurguen en los mitos los rincones de la mente en la oscuridad onírica y en la nebulosidad de los ensueños. Y creadores que quieran encontrar en los relatos míticos inspiración para sus propias inspiraciones, porque las obras bellas son como chispas que brincan y se reproducen a distancia.

En fin, que el mito, como tantas obras del hombre frente al hombre, presentan y reproducen facetas –como espejos– para que cada quien se refleje como lo quiera o lo requiera.

Yo he buscado en el relato mítico, durante décadas, las formas variantes con que una tradición humana va formándose a lo largo de la historia –en el pensamiento y en el sentimiento– una imagen holística del cosmos. Lo mismo he podido preguntar a los ritos, a las clasificaciones, a las recetas de la farmacia o a las de la cocina. Toda actividad del hombre esconde los grandes lineamientos de su cosmos, de las innumerables construcciones de los cosmos de las innumerables formas de las tradiciones culturales. Pero entre todos he preferido el camino del mito por creer que, aun en su opacidad, en él están contenidas las respuestas a mis inquietudes. He visto cómo esas concepciones míticas nacen de todos y en todo momento, en

la cotidianidad de la obra y de las aspiraciones, y cómo su germen se depura en los procesos sociales por medio de la comunicación, y cómo la comunicación requiere de la abstracción, y la abstracción genera abstracciones mayores para después rebotar nuevamente hasta la vida cotidiana como guía, como sentencia, como principio, como inspiración. Y he querido encontrar... pero, lector, me olvido de mi oficio. No debo contar en un prólogo qué he hecho o he querido hacer, sino qué es lo que ahora te ofrezco. Para eso son los prólogos: cartas de presentación con que se inician los diálogos virtuales.

¿Qué pretendo entregarte con los textos que aquí anuncio? Quiero ofrecerte, lector, materiales valiosos para la construcción. Me gustaría que los usaras. Son residuos de la mitología de una milenaria tradición de cultivadores de maíz a la que denominamos mesoamericana. Son frutos de una cotidianidad; son brotes de las milpas. ¿Para qué te los ofrezco? Tú sabrás para qué los aprovechas. Tu elección está abierta. Yo sólo he procurado que sean muchas las posibilidades de uso en un radio de diálogo muy dilatado. La presentación de los textos carece de dedicatorias especiales, precisas. Si fueras un lingüista, te ofrecería textos en lenguas nativas, transcripciones con signos especiales o, mejor, registros magnéticos. Si fueras literato, versiones puntualísimas, a la letra. Si fueras historiador, contextos precisos de tiempo y de espacio, con descripción detallada de las circunstancias. Pero, como pretendo que el radio de comunicación sea más generalizado, debo ofrecer otra cosa. Te entrego una especie de traducción que pretende ser fiel y en lengua llana, pero tengo conciencia de que no puede ser exacta: tiende tanto a agradar a quien busca el placer literario como informar a quien requiera de cabos para llegar a las madejas útiles para sus más puntuales necesidades y especialidades. No engaño a nadie: no

es ésta una voz directa de los creadores indígenas. Es una versión en mis propias palabras. En ocasiones las notas explicativas pudieran parecer demasiado extensas, pero es que los textos míticos pueden revelar mucho más de sus sentidos si se parte de sus propios contextos. He alargado las explicaciones tanto como lo estimé necesario para que los relatos no alcancen la categoría de lo exótico.

Pero si acaso buscas, lector, fines más precisos, utilidades más especializadas, te doy las referencias necesarias para que sigas el camino que yo mismo he recorrido. Mis fuentes son casi todas muy asequibles. Ve a ellas, reúsalas, que de seguro podrás ver mucho más de lo que yo he visto.

Salud, lector. Recibe este trabajo con mi disfrute en el contar y con la esperanza de tu disfrute en su lectura.